

FRAGMENTOS, CINE Y PALABRAS DISPARADAS

(Visita al contramonumento de Doris Salcedo)

Jaime Andrés Ballesteros

Ct. 2 Texto breve

I

Instrucciones para llegar al teatro de la guerra paz

En el final de la película *Las horas más oscuras*, del director Joe Wright, con la premiada interpretación de Gary Oldman como Winston Churchill, el principal contradictor del primer ministro del Reino Unido le dice a otro personaje, hablando con rencor de la gesta política de Churchill que acabamos de ver y con la que finalmente se ha salido con la suya, que lo que el primer ministro acababa de hacer es “enviar a la guerra la lengua inglesa”

Cuando se visita el contramonumento *Fragmentos*, soñado, ideado, planeado, conceptualizado y materializado por la artista Doris Salcedo, se asiste a una especie de final de una película, en la cual ocurre algo equivalente a lo referido de *Las horas más oscuras*: Doris Salcedo “envía al posconflicto el lenguaje del arte”.

Para visitar el museo de arte contemporáneo y memoria, *Fragmentos*, al menos desde la Bogotá más conocida, hay que hacer un tránsito singular por un paisaje urbano imperceptible, que viene a ser una experiencia estética significativa que inicia calladamente muchas cuadras antes de llegar a la dirección del contramonumento, la cra. 7ª 6B-30. Si seguimos la brújula del cine, se podría decir que la travesía es como en las películas fantásticas, en las que hay que hacer un recorrido que promete aventuras pasando de reino en reino, hasta llegar al origen del detonante de la épica. Pero al tratarse de un lugar en el que se alberga treinta y siete toneladas de armamento de las FARC, entregadas como parte de lo pactado en el acuerdo de paz del 2016, quizá es mejor usar la brújula de la guerra para detectar la ubicación en la que finalmente quedó instalada, en palabras de Salcedo, esa “oposición conceptual a la noción misma de monumento”. Y entonces habrá que decir que

para llegar a dicha dirección hay que atravesar varios anillos de seguridad. Para ser más exactos anillos “discursivos” de seguridad.

Si se procede desde la séptima en sentido norte-centro, el primer anillo discursivo de seguridad se encuentra a la altura del Museo Nacional. El sitio que alberga vertidos en objetos, los grandes relatos nacionales de la creación artística, o si se quiere, la historia oficial del arte en Colombia hecha discurso. Luego, el segundo anillo discursivo de seguridad, comienza en la esquina de la torre Colpatria. Ese monumento fálico arquitectónico que parece un portal para adentrarse en el reino comercial y financiero de la capital. Es decir la tierra del discurso del mercado. El tercer anillo discursivo de seguridad, aparece cuerdas antes del Palacio de Nariño, donde la densidad militar aumenta con cada paso que se da. Ese es el anillo del discurso del poder.

Es así que, la institución Arte, el Mercado y el Poder, rodean y obstaculizan la llegada a *Fragmentos*, si se quiere llegar desde la Bogotá más conocida por el resto del país, por esa Bogotá que retoñó alrededor de la carrera séptima.

Ahí está la ecuación insalvable, la que siempre ha demarcado el territorio de la creación: institucionalidad+mercado+poder.

Pero, ¿Qué fue lo que hizo Doris Salcedo?, es la pregunta que lo inunda a uno apenas se vencen todos los anillos de seguridad y se cruza el portón de *Fragmentos*. Y la respuesta perfectamente podría ser la última línea del guión de la película de los diálogos de paz de la Habana, película que bate el record de semanas en cartelera.

Una primera respuesta, siguiendo la brújula de la guerra, es que Salcedo posiblemente creó el inmueble con el centímetro cuadrado ciudadano de mayor densidad armamentista del planeta. Ocho mil ciento doce armas fueron las entregadas por las FARC. Y como todo ingrediente de cualquier fertilizante, que viene concentrado para ser diluído posteriormente a la hora del riego, en cada centímetro cuadrado de las losas fundidas, está todo ese material bélico concentrado, que alguna vez fue diluído y regado para fertilizar la guerra.

Es tal el nivel de concentración armamentista presente en la casa de la séptima con calle 6B, que, como un campo magnético parece atraer las demás armas hacia allá, porque una de las cosas que más impregnadas quedan al vivir la experiencia estética de llegar hasta *Fragmentos*, es el de ver tantas armas empuñadas en los controles militares y policiales en

las cuadras cercanas al contramonumento. Y sin embargo ninguna es para cuidarlo, porque todas están empuñadas para salvaguardar la monumentalidad que crece y se sostiene como una maleza resistente alrededor de la plaza de Bolívar.

El efecto magnético se vuelve a sentir cuando se sale de la obra. Las armas empuñadas en las calles por los agentes del orden de pronto son más notorias. Incluso si nos alejamos de *Fragmentos* por la carrera sexta rumbo al centro, veremos trasvestida la torre del Bacatá, que parecerá un fusil gigante enterrado por la culata.

Cuando se pasa el portón de *Fragmentos*, y al fin se entra al contramonumento, además del consabido piso de metal, hay algo más, hay otros materiales que, como personajes secundarios, ayudan a definir al protagonista.

El espectador también es recibido por vidrio, tierra, vegetación, y, muchos reflejos. Introducirse en *Fragmentos* es básicamente adentrarse en el set de una película del género bélico. El resultado de la combinación de esos materiales es el de un campo de batalla. Desde el interior, el espectador de pronto se ve rodeado por unos grandes terrones que lucen ideales para una emboscada. En cualquier momento se levantarán decenas de tipos detrás de esos montículos, empuñarán fusiles automáticos y empezarán a disparar. Pero entonces, los pasos titubeantes suenan metálicos, y recuerdas que los fusiles están fundidos a tus pies. Esta es la segunda respuesta de lo que creó Doris Salcedo: creó un set para que los impunes espectadores que vivimos el conflicto como una sección del noticiero del medio día, actuemos en ella, así sea por una sola vez, así sea de extras, así sea en un pacífico e inofensivo set.

Tantas armas por centímetro cuadrado, tanto realismo para una emboscada, y, se siente una paz espesa y empalagosa. Ese es un gran logro de Doris Salcedo. Su obra lleva a que el espectador termine por decantarse a que la única amenaza presente es él mismo. ¿Acaso esta no es una buena forma de sentirse culpable?

II

Creando un archienemigo

¿Y cómo lo hizo Doris Salcedo?... ¡la artista volvió las armas concepto!

La industria armamentista funde el metal para hacer armas, porque alguien, un cliente, quiere tenerlas dispuestas en el momento en que se agoten las palabras. Así comienzan las guerras, con la extinción de las palabras. Salcedo, al devolver las armas a su estado líquido anterior, al fundirlas después de usadas, las volvió concepto, esa arma humanista que dispara palabras, pero dentro de uno, a uno mismo. Esto es lo que logra el contramonumento *Fragmentos*, uno habla con uno, uno se cuestiona, se inculpa, se exculpa, se juzga.

La guerra también puede verse como una tecnología para crear palabras. De hecho así ha sido siempre, después de toda guerra se generan muchas palabras públicas eruditas, tratando de explicar el “qué pasó”. Aún más, ese es el combustible de la historia: las palabras eruditas que devienen de las confrontaciones. El asunto es que esos libros escritos, publicados y vendidos, ese aplastamiento erudito y académico de la guerra en hojas de papel, no se pueden pisar.

Salcedo aplasta armas usadas y nos da algo para pisar. Para que nos paremos a pensar, para que seamos blancos fáciles de conceptos como: guerra fratricida, violación sexual, violencia política, víctimas, extinción del otro

Si un fusil hace un ruido espantoso, dispara metal a gran velocidad, y acalla produciendo un silencio de muerte, *Fragmentos* hace un silencio espantoso, dispara palabras a gran velocidad, produciendo una voz interna de vida.

Esquemmatizando el logro de Doris Salcedo, se puede presentar lo siguiente:

En el conflicto:



En el contramonumento *Fragmentos*:



Aquí entonces hay que decir que *Fragmentos* es una tecnología estética exacta, y necesaria para contrarrestar los efectos del conflicto armado, si se quiere para sanar. Lo único que se necesita para que funcione al menos por un período de tiempo equivalente al del conflicto, es que vayamos a pisarlo.

Hubo una época en la que los monumentos eran cultivados por sociedades unificadas que se esmeraban por cosechar de ellos. Fueron años en los que los monumentos no se olvidaban. Ahora es diferente, se olvidan. Habrá que esperar si la misma suerte correrán sus antagonistas contemporáneos, los contramonumentos. Por lo menos en el cine los antagonistas, los archienemigos del protagonista parecen seducir más que el mismo superhéroe, y son más recordados. Al fin y al cabo sabemos más de lo que motiva al Guasón que al mismo Batman. Los superhéroes parecen obligados a ser lo que son, sus archienemigos no.

Ojalá esto le suceda a *Fragmentos*: el archienemigo del conflicto armado colombiano (o mejor, ¿será Doris Salcedo la verdadera archienemiga?), que sea recordado con entusiasmo, que sea pisado por muchos espectadores del conflicto, que se hagan obras de teatro encima, que se hagan cocteles, fiestas secretas en la 7ª 6B-30, que se hagan ventas de garaje, que se vendan réplicas en miniatura como pequeñas casas de terror para niños belicosos, que los gobiernos de turno lo barran y lo trapeen cuando lleguen visitas foráneas de alcurnia, que saquen una línea de cerámica que replique ese piso metálico, como lo hicieron con los pisos de madera, para que en los hogares renueven sus cocinas, sus salas, para que los administradores de centros comerciales renueven el piso de los Mall, y así los niños colombianos que vienen, jueguen con soldados de plástico sobre *Fragmentos*.